

Memorias de oficio
| 2017 |



FILIGRANA
MOMPÓX



MEMORIAS

de oficio Joyería en Filigrana

Mompóx • Bolívar



ARTESANÍAS DE COLOMBIA S.A

Ana María Frías Martínez
Gerente General

María Mercedes Sánchez Gil
Jefe de la oficina Asesora de Planeación
e Información

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil
Especialista en Gestión del conocimiento

EQUIPO DE TRABAJO

Luis Aldemar Rodríguez
Investigador

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil
Coordinador

Sandra Milena Gutiérrez González
Diseñadora Gráfica

COLABORADORES

Calletano Pedrozo, Cecilia Granados, Flor
Trespacios, Jonnys Pedroso, José María Pupo,
José Rocha Jiménez, Josimar Acuña, Juan
Villanueva, Lida Herrera, Lilitana Herrera, Magalys
Romero, Oswaldo Herrera, Samuel Ricaurte, Simón
Villanueva

FOTOGRAFÍAS

Luis Aldemar Rodríguez





FILIGRANA

Momposina

“MOMPÓX¹ NO EXISTE. A VECES SOÑAMOS CON ELLA, PERO NO EXISTE” le decía Bolívar a José Palacios mientras viajaban rumbo a santa marta según lo relata Gabriel García Marquez². Y no es que Mompóxx esté perdida en el espacio, su ubicación es precisa y en los tiempos de bolívar era más que reconocida, sino que es una ciudad que atraviesa distintos tiempos en uno solo, que desde tiempos de la colonia indistingue sus fantasías de sus sucesos. hoy en día es un lugar que transgrede las cronologías, aceptando el progreso, pero se resiste a olvidar sus tradiciones, haciendo que hoy en día casi se puedan ver los champanes recorriendo los residuos que fue el río.

La joyería, como Mompóx, es un desafío al olvido, una mezcla de conciencia productiva y conciencia poética, en donde los maestros artesanos mientras explican su quehacer, rememoran historias que fácilmente podrían encontrarse al otro costado de la verosimilitud. Técnicas guardadas en cofres de mediados del siglo XIX, acompañan historias de maestros artesanos que trabajaban a oscuras oros de distintos colores, descifran un oficio que mientras se resiste a desaparecer, se va cargando de historias y tradiciones que se fortalecen.

Añoranzas de otros tiempos en que el oro abundaba y los pescaditos míticos del Coronel Aureliano Buendía eran no más que un cotidiano y no un referente para quienes visitan las calles empedradas, se mezclan con nuevos y relucientes diseños en plata, donde los grandes talleres con el maestro artesano encabezando la orquesta han desaparecido, y el son del jazz se pone del lado de las campanas en semana santa.

La prueba de cuajar el agua ya no se utiliza, sin embargo la paciencia sigue siendo el sentido principal de la labor, quien no pueda soportar la frustración de ver cómo bajo las brasas se funde la pieza que tan sólo tuvo un error. No puede desempeñar la labor. Y es que a la larga esa es la historia de la joyería en Mompóx: un constante rehacer, una fundición de los tiempos bajo su intenso sol, en donde los metales preciosos toman diversas formas dando lujo, exuberancia, sentido religioso e identidad. Porque desde la época de los grandes orfebres, que a su vez eran herreros, albañiles, y lo que tocara porque la labor no daba para vivir, la joyería ha permanecido como el gran tesoro que al río se le olvidó llevarse cuando cambió su cauce.



¹ Santa Cruz de Mompóx también es nombrada como Mompós o Mompoz en algunos documentos, e inclusive en algunos documentos de archivo se le nombra Mompoj, para el presente documento sólo se usará Mompóx.

² El General en su laberinto

CONTEXTO

Mompóx Bolívar

Santa Cruz de Mompóx se encuentra ubicado en el sur del departamento de Bolívar, en la isla de Mompóx o Margarita, la cual se encuentra formada por la división del río Magdalena a la altura del Banco, formándose por los brazos de Mompóx y La Loba, y conformada por los municipios de Cicuco, Talaigua Nuevo, Mompóx, San Fernando, Margarita y Hatillo de Loba. La isla se encuentra en la subregión denominada depresión momposina, caracterizada por su variedad de suelos resultado de la gran variedad de caños y diversas ciénagas, además de los procesos de subienda del río (Guzmán, Castillo, & Valenzuela, 2015).

El municipio se encuentra a 33 msnm, con un promedio de temperatura de 31° C, atravesado por gran variedad de caños, como el Jagua, El Limón, El Peludo, La cruz, Paloprieto, entre otros, además de diversas ciénagas como Loba, Pajalar, Jovito, Corroncoro, y Caimanes, el municipio se encuentra en una relación permanente con las temporadas de lluvia y sequía. La relación de los habitantes con el río es tal, que según Orlando Fals Borda existía una cultura anfibia, en donde las relaciones sociales y económicas giraban en torno a la relación de las inundaciones y cauce de los ríos.



APRENDIMOS A VIVIR DE LA PESCA, LA CAZA Y LA AGRICULTURA... NUESTRA VIDA ES UNA LUCHA PERMANENTE EN QUE DEBEMOS DEFENDERNOS EN TIERRA Y AGUA, CON TODO LO QUE ENCONTRAMOS... ¡ES UNA CULTURA ANFIBIA! (Fals Borda, 2002)

La ganadería, agricultura y pesca, principales actividades económicas del municipio, dependen plenamente de las relaciones con las fuentes hídricas, ya que dependiendo el ciclo en el que se encuentre, los habitantes cambian sus maneras para sacar el máximo provecho. Desde los años 60 debido a la ganadería expansiva y la necesidad de una constancia en el manejo del recurso hídrico, algunas familias han optado por la construcción de farillones, lo que ha desembocado en desequilibrios ambientales (Guzmán, Castillo, & Valenzuela, 2015), que han llevado al secado de algunas ciénagas, así como la inundación de zonas, en este contexto la población más afectada ha sido la campesina.

Las complicaciones en el uso de tierras también se han visto por una baja planeación en el uso de los suelos, que tuvo su climax en la ola invernal del 2007 y que se prolongó hasta el 2009, años entre los cuales gran parte de la isla quedó

inundada por el río Magdalena, lo que conllevó a una debacle económica por la pérdida de cultivos y ganado.

La isla de Mompóx fue habitada en un primer momento por los indígenas Zenúes, quienes fueron desplazados de la zona por los Malibues, quienes fueron quienes recibieron a los españoles. En el momento de la conquista, los territorios que hoy hacen parte de Mompóx ya eran de una destaca estrategia comercial, ya que por el brazo del río circulaba el comercio de las comunidades indígenas de las riberas del río Cauca y del río Magdalena. Esta, quizás fue una de las razones del gran asentamiento del que tuvo lugar la isla.

Los españoles al tomar posesión sobre los pueblos que habitaban la rivera intentaron esclavizarlos para poder sacar provecho a la navegabilidad del río, sin embargo la población indígena no estaba acostumbrada a trabajos pesados, y además las enfermedades importadas por los conquistadores azotó fuertemente. Por esta razón al río Magdalena fueron traídos diversidad de personas de origen africano, quienes fueron los que apoyaron el desarrollo de Mompóx como puerto comercial.

Los Bogas, así como los Champanes, eran comunes para el transporte a lo largo del río, haciendo que en Mompóx quedasen bastantes riquezas producto del comercio entre los pueblos. Enriqueciendo su cultura y saberes. A tal nivel que en Santa Cruz de Mompóx se fundó el Colegio Pinillos, institución educativa que hasta hace poco menos de un siglo, era el emblema de educación superior en la costa Caribe Colombiana.



3.

TRES OFICIOS, UNA TRADICIÓN

La grandeza de Mompóx estuvo atravesada por grandes sucesos que impulsaron una identidad particular en medio de la costa caribe colombiana, primero el ser una de las más importantes ciudades en medio de la colonia, posteriormente el ser la primera ciudad en declarar independencia del Rey de España, el cambio del cauce del río que le quitó desde mediados de la década del 60 del siglo XIX la navegabilidad por el río, hasta la proclamación en el año de 1995 como patrimonio de la humanidad por la UNESCO .

Todos estos sucesos, cada uno a su modo, transformó las dinámicas de un municipio dominado por el misticismo y que, algunas veces, vive bajo la sombra de Macondo, ciudad creada por Gabriel García Marquez en Cien Años de Soledad, y que según muchos es una evocación a las tierras momposinas.

A pesar de la fama y de la alegría de sus gentes, el municipio ha tenido que afrontar diversas dificultades para poder superar la pérdida del río. Si bien, hoy en día existen tres vías de acceso a la isla, dos puentes y el trayecto Mangué – Bodegas, la comunicación con el resto del país es compleja, y muchas veces caracterizada por el abandono estatal.







Mompóx, como tal, no generó ninguna técnica particular en la joyería, sin embargo aquí si convergieron distintas técnicas alimentadas de diversas tradiciones que permitieron el florecimiento de una joyería propiamente momposina.

Las principales influencias para la generación de la filigrana momposina las podemos ver en el encuentro entre comunidades indígenas y comunidades europeas, con algunas influencias de las comunidades afro. Por parte de las comunidades indígenas se encontraban los Zenúes, quienes habitaron la depresión momposina antes que los Malibues, pero que aun después de retirarse de la región, siguieron comercializando piezas de oro y cerámica con las comunidades del río magdalena.

Una de las principales muestras del trabajo en oro precolombino era la técnica de cera perdida, la cual consistía en tallar el diseño una pieza en arcilla y carbón molido. Posteriormente este se recubría con cera de abejas y era rematado con un embudo del mismo material. Para el caso de las figuras macizas se hacía el diseño directamente en cera. Esta figura se recubría con arcilla que formaba un molde. Una vez seco se lo calentaba para sacar la cera, y en su lugar se vertía el oro o aleaciones de oro y cobre. Cuando el molde se enfriaba, se rompía, se cortaban los embudos y pulía la pieza. El resultado final era una figura en metal precioso con una altísima precisión en su



elaboración. Debido al nivel de detalle que se lograba con esta técnica también se le llegó a denominar falsa filigrana.

Por su parte, las técnicas del estampado y filigrana son importadas por los conquistadores, quienes a su vez las habían recibido desde la invasión persa a la península ibérica, y que datan de tiempo del imperio egipcio y persa. A Mompóx, una vez consolidada la colonia, y debido a su fuerza como puerto comercial para el flujo de mercancías entre el interior del país y los puertos de Santa Marta y Cartagena, llegan diversidad de orfebres de origen español e italiano, quienes sorprendidos por la dinámica comercial del puerto, la facilidad para adquirir la materia prima, independientemente de la inexistencia del oro en proximidades, se quedan en la isla para elaborar sus trabajos.

Para los siglos XVII y XVIII, Mompóx era una de las ciudades más importantes del virreinato, y recibía diversidad de familias acaudaladas, así como comunidades eclesiales que le dan forma al municipio en torno a sus iglesias y los callejones. Forjando entre sus patios y ventanas una exuberancia de lujos y suntuosidades. En este contexto tiene lugar el primer auge de la joyería Momposina, que para este momento se basa en todo el posible trabajo con los metales preciosos, desde la elaboración de joyas, hasta la de vajillas y objetos religiosos.

Aunque muchas de las prendas que adornan las figuras católicas en las iglesias de Mompóx, así como las que se encuentran en el museo del

municipio, fueron traídas de España y otras partes de Europa, en el municipio el fervor católico de la colonia impulsó la producción de figuras religiosas. Esta primera temporada del trabajo con metales preciosos en Mompóx estuvo dominado por la importancia del clero, quien era el mayor comendero para la elaboración de piezas.

Esta primera gran etapa estuvo hasta inicios del siglo XIX en que se declaró la independencia de Mompóx, y se inicia el proceso de independencia de la nueva granada, en la que Mompóx jugó un papel protagónico, ya que con muchas de las riquezas que residían en el municipio fueron utilizadas para costear las luchas independentistas, así como las subsecuentes guerras civiles.

Para inicios del siglo XX, toda la sociedad momposina había tenido una gran debacle económica y social, apenas estaba cesando la guerra de los mil días, faltaba todo por hacer para la recuperación económica de las guerras, y el río le había dado la espalda al municipio, perdiendo así toda la fuerza que alguna vez tuvo en medio de la colonia como puerto comercial. Para esta época ya se había abandonado gran parte del trabajo en platería, y los artesanos se dedicaban principalmente a la elaboración de objetos en oro con fines comerciales, sin dejar de lado la importancia de los objetos religiosos, pero esta vez más para uso de privados que para el uso de la iglesia. La filigrana y el estampado se levantaban como insignias de la artesanía momposina.

Hasta mediados de los años 70 estas dos técnicas de la joyería compartieron el podio de



las predilectas de los orfebres, aunque otras como la cadenería también se ejercía por algunos maestros y oficiales, no eran vistas a sí mismas como representantes de la destreza artesanal del municipio. Esto no implicó que los maestros generasen nuevas técnicas para desarrollar mejores y nuevas joyas, sólo que no lograron consolidarse como representativas del municipio. Específicamente para el estampado, la comunidad artesanal de Mompóx generó una proeza y destreza inigualable, en la que los maestros artesanos de la orfebrería, que en su mayoría también tenían amplios saberes de herrería, lograron generar alianzas con los herreros para la fabricación de estampas de altísimo detalle, produciendo piezas únicas para productos que sólo se podían encontrar en un taller específico. Pocas estampas, a excepción de las religiosas, eran replicadas. Haciendo que cada taller tuviese su propia línea de productos de estampado.

La técnica del estampado que aún pervive en pocas casas, se basa principalmente en cinco pasos, fundición, laminado, lijado, enchapado, y recortado. La fundición y laminado del oro se hacía poniendo el material en medio de carbón ardiente, o con fuego directo. Posterior, con ayuda de martillo se iban aplanando las piezas hasta convertirlas en delgadas láminas de oro. Vale resaltar que el fuerte de la estampa en Mompóx se dio en el oro, y hoy en día tan sólo unas pocas familias hacen estampas en plata. Cuentan que haciendo esta labor muchos trabajadores se desmayaban debido a la dureza del oro.

Una vez las láminas estaban listas, se procedía a hacer el enchapado, el cual se hacía en algunos talleres sólo con el estampador y martillo, y en

otras utilizaban el martinete, con uno o varios golpes secos se imprimían la imagen en las láminas de oro. Acá es válido diferenciar la existencia entre los estampadores, cortadores y los mixtos. Tal como su nombre lo dice, había piezas que al contacto sólo estampaban una figura, sólo cortaban el contorno o una forma en ella, o podía hacer ambas cosas.

El estampado también se usa para hacer piezas más complejas, como los pescaditos del Coronel Aureliano Buendía, de los cuales hay cinco variedades y existían antes de cien años de soledad, pero cuyo origen es incierto. Cada uno de los pescados se compone de más de 15 piezas individuales y requieren diversos cortadores para su realización, además de un laminador especial para brindar la textura de escamas a cada una de las piezas.

Por otro lado, la cera fundida es una técnica que ha desaparecido casi por completo, tan sólo dos o tres familias de artesanos tienen la herramienta necesaria para realizarla, y en el proceso de campo no se encontró ninguno que en este momento lo estuviera realizando comercialmente. Aunque varios artesanos comentaron que con el catering algunos talleres están volviendo a hacer piezas con la técnica, sin embargo la producción es muy poca.

HOY LA NOVEDAD ES LA
CERA PERDIDA, Y RESULTA
QUE ESA NOVEDAD FUE
HACE MUCHOS AÑOS, SÓLO
QUE EN ESE TIEMPO LO
HACÍAMOS MANUAL, EN UNOS
FRASQUITOS, Y EN ESTE

TIEMPO LO HACEN EN UNOS HORNOS. PERO YO TENGO UNOS FRASQUITOS, QUE ME HEREDÓ MI ESPOSO, CON ESOS HACÍAMOS TODO.

Magalys Roc

Después de la crisis de los años 70, la cera fundida y el estampado fueron desapareciendo poco a poco, y la filigrana por su sencillez técnica en comparación a las dos técnicas anteriores, además, de su gran salida comercial, tomó fuerza por sobre estas, a tal nivel que hoy en día la asociación de Mompóx se da de forma exclusiva con la filigrana, olvidando otras técnicas que ayudaron a mejorar la destreza técnica de los artesanos para lograr la perfección.

La prueba de la paciencia

Dependiendo la edad del artesano, su historia de cómo incursionó en el oficio es muy distinta, algunos lo aprendieron en su casa en medio de la tradición familiar, otros como aprendices en un taller y los más jóvenes en institutos como Escuela Taller o inclusive en el colegio. Si bien la forma de enseñanza en cada una de las modalidades cambia bastante, en todos los escenarios se intenta enseñar el sentido mismo del oficio, la paciencia.



LO QUE PASA ES QUE UNO DESDE QUE NACE... EN LA CASA HABÍA UN TALLER, DONDE MI PAPÁ TRABAJABA, Y DESDE LA BARRIGA UNO YA ESCUCHABA EL TAN, TAN, TAN... Y ASÍ UNO YA SE IBA FAMILIARIZANDO CON EL TRABAJO. Juan Villanueva

La primera forma de transmisión de saber era por tradición familiar, era la más común y aún hoy en día continúa, y es que como los talleres rara vez quedan fuera de las casas, los hijos de los maestros artesanos desde corta edad ya estaban rodeados por mesas de trabajo, herramientas, y artesanos. Generalmente a la edad de 12 o 13 años, ya podían empezar a trabajar en el taller, ayudando en labores básicas como transportar insumos, materias primas, hasta que después llegaban a ser aprendices.

Era común entre los maestros que enseñaran la labor únicamente a sus hijos varones, restringiendo la entrada de las mujeres a la zona de las mesas de trabajo. Así mismo, también era común que aunque se enseñara el oficio, el maestro artesano no le permitía a los hijos e hijas ejercerlo como una forma de vida, ya que según muchos la vida en los talleres no era fácil, eran comunes los problemas y las crisis económicas, por esta razón preferían siempre enviarlos a estudiar a otras ciudades.



La enseñanza de la joyería a las mujeres siempre fue restringida, según muchas artesanas, principalmente porque los oficiales y aprendices solían ser de clase baja, a diferencia de la familia del maestro, por lo cual no era bien visto que las mujeres se juntasen con ellos. Además, debido a la carga física necesaria para el trabajo con el oro, a pocas mujeres se les daba la oportunidad de participar. Esta exclusión de las mujeres en el oficio se empezó a terminar con la incursión de mujeres como Angélica, la Negra Pomare y Esperanza Villareal, quienes desde la década de los años 70 estuvieron en cabeza de sus talleres. A ellas, poco a poco otras mujeres se unieron, especialmente desde los 2000, donde muchas

otras mujeres, especialmente desde la Escuela Taller, empezaron a abrir sus talleres.

Al buscar textos o escuchar narraciones sobre la joyería en Mompóx, es común escuchar hablar sobre el oficio de la paciencia, forma mítica y tradicional de llamar a la joyería del municipio. Sin embargo esto tiene un sustento real y es la prueba de la paciencia, la cual hasta hace un par de décadas era común aplicar a quienes querían incursionar en el oficio.



La prueba de la paciencia empezaba cuando el aspirante a aprendiz entraba por primera vez al taller. Antes de tomar cualquier herramienta o material, el maestro artesano le pedía que se sentara en el centro del patio, y tomara una de las palangas³ que tenían agua. Sentaba al muchacho en el centro del patio, donde da la luz del sol directamente, y le decía “voy a echar unos polvos al agua, revuélvela hasta que se solidifique”. Echaba unos polvos en la palanga, daba al aspirante una cuchara de palo, y se retiraba a trabajar en su mesa.

El joven tenía que revolver el agua con fuerza durante horas, soportando los insultos y alientos de los oficiales del taller, quienes lo miraban desde la sombra. Al mediodía, cuando ya la sombra había desaparecido y el sol estaba en su máximo de calor, los oficiales y el maestro se retiraban a almorzar, mientras el aprendiz debía permanecer sentado agitando el agua que no daba ningún indicio de cuajar.

Después del almuerzo, y antes de la siesta, el maestro se dirigía al patio a supervisar al aspirante, reprendiéndolo por su falta de entusiasmo y dedicación, razón por la cual el agua aún no había cuajado. Si el aspirante soportaba su frustración por no haberlo logrado, el maestro le pedía que regresara al día siguiente para iniciar su aprendizaje, pero si la frustración o la rabia le ganaban la lucha al joven, el maestro con resignación le decía, “vaya y dígame al compadre que le busque otra cosa, usted no sirve para joyero”.

Este ejercicio ponía a prueba la paciencia, dedicación y ganas de aprender de los jóvenes. Según algunos maestros muy pocos lograban culminar la jornada, no sin antes quejarse porque el agua no cuajaba, o desistir de la labor a medio camino. Pero quienes la terminaban, según los maestros, estaban más que listos para emprender un arduo camino por la angustia de hacer piezas y tenerlas que fundir porque no estaban a la perfección.

A inicios de siglo XIX, la mayor parte de los aspirantes al oficio eran muchachos de bajos recursos, cuyas familias intentaban darle un mejor bienestar, muchos de los jóvenes que entraban a los talleres eran entregados completamente a los maestros y estos eran quienes se encargaban de criarlos hasta edad adultas.

LOS MUCHACHOS QUE LE ENTREGABAN A ÉL (GUILLERMO TRESPALACIOS), ERAN DE UN NIVEL MUY BAJO. ESTA ERA COMO LA CORRECCIONAL, Y ENTRABAN PORQUE NO LES GUSTABA ESTUDIAR, LES GUSTABA EL TRAGO, PORQUE ERAN IRRESPONSABLES, ENTONCES LOS COMPADRES, LOS AMIGOS, LOS VECINOS, LE ENCOMENDABAN A MI PAPÁ LOS MUCHACHOS PARA QUE VINIERAN A APRENDER EL OFICIO. Flor Trespalacios



Ya para el año de 1996, entra a Mompóx la Escuela Taller, con auspicio del gobierno español. La casa taller en un interés por recuperar y resaltar los oficios tradicionales de las regiones, abre en Mompóx cursos técnicos de alfarería, joyería y herrería. Este proceso de formación más tecnificado genera nuevos artesanos en contextos empresariales, quienes vienen a dar un vuelvo a la noción tradicional de taller artesanal, en el que su visión empresarial y de posibilidad de producción se realiza.

Vale rescatar que en las labores de la Escuela Taller de Mompóx, los instructores de los oficios siempre han sido maestros artesanos de la comunidad, lo cual ha permitido que más allá de enseñar el oficio, se enseñen los sentidos que atraviesan la elaboración de las joyas. Si bien, la prueba de la paciencia, como admisión, ha quedado relegada, los instructores de la escuela taller y los maestros artesanos, siguen impulsando una noción sólida de la joyería como eje central y estructurador de la identidad momposina.

ANTES. ESAS PERSONAS SE MURIERON Y NO DEJARON COMO UNA ESCUELA ¿YA?, NO PUSIERON NUNCA UNA ESCUELA COMO LA ESCUELA TALLER. NADA, SINO QUE, LA JOYERÍA ERA MUY MÍSTICA, LA GENTE NO ENSEÑABA A NADIE, TENÍA MUCHO SECRETO Y CREÍAN QUE ESTO NUNCA IBA A COGER ESA RELEVANCIA QUE HA TENIDO AHORA. NI LE PERMITÍAN A UNO

VERLOS TRABAJAR.- (Sánchez Castellanos, 2011, pág. 34)

Talleres de joyería

La organización de los talleres ha variado mucho en el último siglo, y ha pasado de unos grandes talleres con 20 o hasta 40 artesanos trabajando al unísono, a talleres sólo con dos personas, y todos los trabajadores en sus casas. Estos cambios en la composición y la forma de desarrollar las actividades en torno a la joyería han tenido diversidad de motivos, y siempre han estado en respuesta a los cambios sociales de la comunidad en general.

Podríamos decir que la primera mitad del siglo XX se caracterizó por grandes talleres en casas del centro de Mompóx, ya que para estas épocas el trabajo de la orfebrería era principalmente familiar, y se concentraba en algunas familias de clase media que podían adquirir las materias primas y las herramientas, si bien los aprendices, ayudantes y oficiales de estos talleres eran de clases bajas, debido a la posibilidad de posesión de herramientas, rara vez lograban constituir su propio taller.

Estos grandes talleres se encontraban seccionados por áreas de trabajo, una zona para el fundido, otra para el laminado y estiramiento, otra para el estampado y una con mesas de trabajo individual para el armado. En esta última área de trabajo era donde se ubicaba la mesa de trabajo del maestro artesano, la cual se diferenciaba de



las demás por ser mucho más grande, y en torno a ella los oficiales y aprendices.

Según lo relatan varios artesanos, era común para esta generación de grandes maestros artesanos tener trabajos paralelos, ya que la joyería no era suficiente para suplir los gastos básicos. Debido a la posición social que tenían los maestros artesanos dentro de la comunidad era común que entraran a ocupar cargos públicos, al igual que fungían como comercializadores de diversos objetos y encerres. Así mismo casi todos los maestros hasta mediados de siglo XX también eran conocedores del oficio de la forja, lo cual les permitía desarrollar sus propias herramientas para el trabajo artesanal, y, en algunos casos, desarrollar productos de herrería, aunque rara vez lo hacían.

En este sentido, una de las principales características de los grandes maestros hasta mediados de siglo XX era que tenían un control total sobre la cadena valor, teniendo contacto directo con los mineros que se encargaban de extraer el oro, o con los vendedores de oro quebrado⁴ así como la elaboración de cada uno de los objetos, la obtención y preparación de insumos, hasta la comercialización, la cual en algunos casos estaba apoyada por sus esposas. Las insistencia de los maestros artesanos por la perfección en el oficio, así como la mejora constante en su quehacer, generaron diversas alianzas con los herreros de la comunidad para poder desarrollar herramientas que permitiesen el

perfeccionamiento del oficio. Entre estas alianzas destaca la Familia del Señor Pupo, quienes hoy en día ya suman tres generaciones de herreros. Era común que los maestros artesanos se sentasen a hablar con el Sr Pupo para pensar nuevas formas de hacer herramientas que les permitiesen mejorar su trabajo, así mismo era común que a él se le encargasen diversos moldes para estampado, que los joyeros terminaban en sus propios talleres, lo cual contaba con una doble intención, por un lado que sus herramientas, y por ende, sus productos fuesen únicos e irreplicables, y por otro, poder dedicar toda la pasión a cada herramienta para poder confiar ellos mismos en su calidad.

“MOMPÓX ERA LA CIUDAD DE LAS JOYAS, LA CIUDAD E LA FILIGRANA Y LA CIUDAD DE LOS JOYEROS, PERO USTED VENÍA A MOMPÓX Y NO ENCONTRABA UN AVISO EN NINGUNA PUERTA. TODO EL MUNDO ESTABA POR ALLÁ, Y USTED ENTRABA A LA CASA DEL JOYERO Y SIEMPRE ESTABA EN EL ÚLTIMO RINCÓN, CASI NI HABLABAN CON UNO”

Magalys Rocha

⁴ Es el oro obtenido de la fundición de una joya. Se le llama oro quebrado ya que contiene gran cantidad de suciedades debido a los productos usados para la soldadura.





El recelo por las técnicas y las herramientas se comenta que también era una de las características de los grandes maestros artesanos, tanto así, que en algunos casos, cuando se cerraba la actividad del taller a eso de las 5 de la tarde, y cuando ya todos los trabajadores se habían ido, el maestro artesano se ponía a hacer sus joyas exclusivas, aquellas que se desprendían de técnicas familiares reservadas, o de técnicas que ellos mismos habían desarrollado. Se dice que debido a este recelo por guardar muchas de las técnicas en joyería, la gran mayoría se han perdido, y que por ende, lo que hoy se conoce de la joyería de Mompóx es sólo una ínfima parte de lo que se ha producido en sus talleres, casi todo el conocimiento se ha ido con los grandes maestros.

Vale resaltar que para la época, y aún hoy en día, era de gran reconocimiento social el poseer o saber estas técnicas, a tal nivel que muchos de los que en su época fueron aprendices de estos grandes maestros, cuentan que ellos saben muchas de esas técnicas, pero en cumplimiento a promesas a los grandes maestros no pueden revelar sus secretos, condenándolos al olvido o a la remembranza, pero no a la contemplación.

Esto no quiere decir que todos los saberes fuesen restringidos a los maestros, era reconocido la vocación de ellos para transmitir sus saberes a nuevas generaciones, sin embargo sí existía una jerarquización para la enseñanza. Según comentan, a inicios del siglo XX el entrar a un taller de joyería era casi un castigo para los jóvenes, ya que allí se enviaban a los que no querían estudiar,

o aún no habían desarrollado una pasión por algún trabajo en especial, también era común que entrasen a los talleres los jóvenes que las familias ya no podían cuidar o que no sabían qué hacer con ellos. Lo cual no quería decir que cualquiera pudiese entrar al taller.

Una de las pruebas más famosas de ingreso al taller, era la de cuajar el agua, en esta prueba se medía la paciencia del aspirante a joyero. La prueba era sencilla, y era que el aspirante debía llegar a las siete de la mañana al taller donde lo esperaba el maestro. Este le daba al aspirante una olla de cobre con agua, y a esta le añadía unos polvos, el reto era que el muchacho debían espesar la mezcla hasta que tomase una consistencia gelatinosa. La labor se debía realizar bajo los rayos del sol en el centro del patio, rodeado de todos los trabajadores quienes lo alentaban o se le burlaban. Generalmente el maestro, cuando llegaba el medio día, le decía que había arruinado la preparación y debía regresar después de la siesta para volver a comenzar. Si el recién inaugurado volvía al taller después de la ardua jornada bajo el sol de 32 grados, se decía que él tenía la paciencia suficiente para desarrollar el oficio, en caso contrario era común que el maestro le dijese “mijo, vaya y dígame a sus papas que usted no sirve para esto”

La prueba de la paciencia, como es popularmente conocida ya no se practica hoy en día debido a la existencia de instituciones que enseñan la joyería y a que la misma se popularizó demasiado, sin embargo sí se cuentan historias de hace no más de 20 años en los que aún se realizaba la prueba. Una vez el joven ingresaba al taller, tenía que pasar por muchas otras pruebas para poder ir



adentrándose en la labor, en un primer momento casi nunca se le permitía tocar el oro o la plata, sino que se restringían sus acciones a barrer, limpiar, ayudar a mantener bien el taller, llevar o traer insumos. Cuando un joven se encontraba en esta posición se le llamaba el ayudante, y generalmente, después de varias semanas o meses en el taller, y que ya había ganado algo de confianza por parte de los oficiales o el maestro, se le permitía tocar los metales, sin embargo, de nuevo, sus acciones se restringían únicamente a fundir y estirar hilos, los trabajos que más tiempo quitan a los artesanos, pero que aun así son esenciales para desarrollar los productos. Paralelo a que el ayudante estiraba los hilos, generalmente iba aprendiendo por observación cómo se realizaba cada una de las piezas.

Su paso a seguir en el aprendizaje del oficio era el ser un aprendiz como tal, generalmente un oficial tenía uno o dos aprendices a su cargo, y era él quien les indicaba qué hacer y como hacerlo. Los aprendices ya saben cómo desarrollar productos como tal, pero aún no tienen la experticia suficiente sobre el oficio.

Si un ayudante fácilmente podía tardar seis meses en ser aprendiz. El aprendiz podía tardar varios años en llegar a ser oficial, el máximo rango que un artesano podía obtener en un taller, a no ser que el taller fuese propio. Los oficiales ya tienen conocimiento profundo sobre el manejo de las técnicas, aunque algunas veces los maestros los llevaban a especializarse en sólo una de ellas, ya fuese estampado o filigrana, y con ellos de la mano era que desarrollaba sus mejores productos. De igual manera, de entre los oficiales, sólo a algunos solían contar todas sus técnicas o algunas de sus

técnicas de trabajo.

En torno a toda esta organización jerárquica de los talleres se encontraban las mujeres, quienes muchas veces estaban relegadas del trabajo artesanal por las condiciones físicas que el mismo exigía, lo cual no implicaba que estuviesen completamente relegadas del taller. En muchos casos eran las mujeres, especialmente las esposas, quienes se encargaban de atender a los clientes que llegaban, eran quienes asesoraban al maestro en sus decisiones del taller, sobre los trabajadores, y otros aspectos. Esto tiene como razón fundamental que el ámbito familiar y el laboral se encontraban completamente fundidos, como los talleres se encontraban en los patios de las casas, la familia del artesano convivía con el taller, y la esposa, generalmente ama de casa, al estar todo el día allí era quien podía estar pendiente de todas las acciones que en este ocurrían.

En torno a la comercialización de los productos en la primera mitad de siglo, existen diversas versiones del asunto, una de ellas es que las mujeres eran las que se encargaban de atender las vitrinas. Esta versión ha sido reproducida por diversos textos de divulgación y crónicas desde los años 80, sin embargo, al hablar con muchos de los artesanos se destaca la inexistencia de las vitrinas comerciales sino hasta finales de los años 70, ya que la comercialización antes de esto se daba en el interior de las casas, en los casos que se comercializaba directamente. Es válido recordar que hasta mediados de los años 80 e inicios de los 90, la isla se encontraba





en un proceso de álgido aislamiento comercial, haciendo que tan sólo algunos compradores ya conocedores y muchos intermediarios fuesen los que trazaran los canales de comercialización, el turismo en la zona era muy bajo, y no se veía como necesaria la apertura de vitrinas. Generalmente se daban a conocer los talleres por su voz a voz.

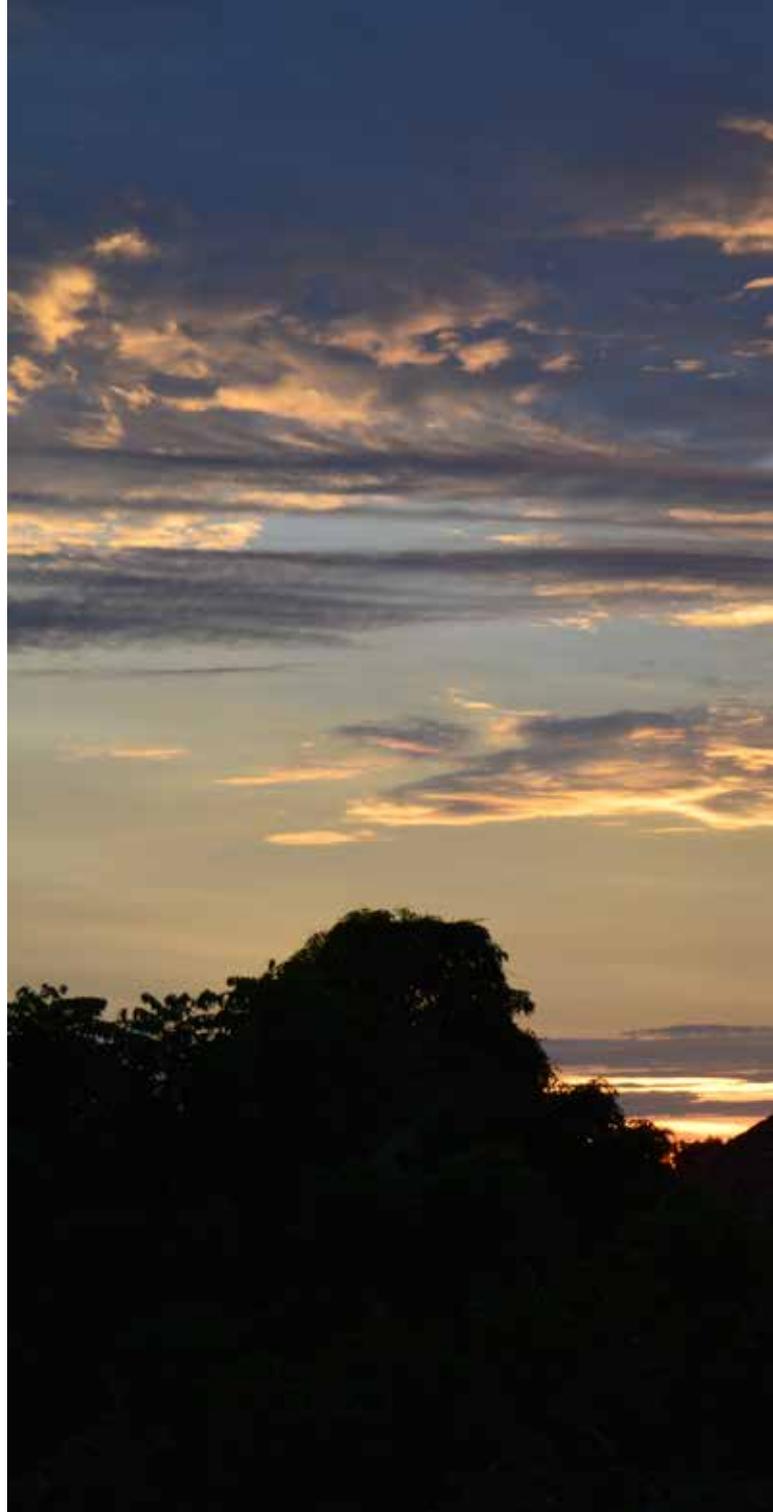
Esta configuración clásica de los talleres fue desapareciendo poco a poco, como se dijo anteriormente los puestos de trabajo de hoy en día se encuentran en la casa de cada uno de los artesanos, y los que antes eran grandes talleres, hoy en día son más centros de comercio y de herramientas. Los maestros artesanos de hoy en día, suelen manejar un número variable de trabajadores, a quienes pagan por gramo de plata trabajada, y con quienes no tienen vínculos



laborales. Este paso de los grandes talleres al trabajo por destajo ha tenido varias razones, entre las cuales resalta la aparición a inicios del 2000 de instituciones técnicas, como escuela taller, que entran a reemplazar la labor del maestro artesano, en donde ya no es necesario todo el proceso ritual para aprender el oficio, sino que se tecnifica y prioriza el manejo de los materiales. La baja de precios, así como la tecnificación de algunas herramientas, también hace mucho más sencillo que cada artesano tenga su propio puesto de trabajo, haciendo que el gran taller con la concentración de las herramientas sea dispensable. De igual manera muchas otras circunstancias socioeconómicas, como la aparición de la cambumba, las inundaciones y el conflicto armado, han ayudado a que este modelo de destajo se refuerce. Estas condiciones serán analizadas en los siguientes apartados.

Del oro a la plata, cuando se envenenó la joyería

El oro se fundió con Mompóx y le brindó su grandeza artística, retando a los artesanos para que en cada pieza mejorasen su técnica y enaltecieran el arte de la joyería, sin embargo, hoy tan sólo quedan espejos de lo que fue la grandeza del oro. La plata usurpó su lugar a tal nivel que muchas personas hoy en día reconocen a Mompóx únicamente por el trabajo de filigrana en plata, con la cual ha logrado una gran visibilidad a nivel nacional e internacional.





Si se pregunta por las calles, en especial a los más jóvenes, es común que confundan la época de la escases del oro, con el cambio en el cauce del río cauca que terminó quitando la fuerza al brazo de Mompóx a finales del siglo XX. Si bien, ambos fenómenos cambiaron la historia de Mompóx, hay un siglo de diferencia entre estos dos sucesos. Un siglo que precisamente fue decisivo en la historia artesanal del municipio.

Antes del cambio del cauce del río, en los años sesenta del siglo XIX, Mompóx había sido una de las ciudades más importantes de la colonia española en la Nueva Granada, y al empezar el proceso de independencia e inicios de la época republicana, Mompóx continuó teniendo un rol destacado en el desarrollo del país, a tal nivel que los momposinos hoy en día repiten la frase de Bolívar: “Si a Caracas le debo la vida, a Mompóx le debo la gloria”. Esto por la valentía que tuvo el municipio al declarar su independencia y al apoyar los ejércitos independentistas de manera incondicional, especialmente con la donación de piezas de oro y algunas de plata para poder financiar los ejércitos independentistas y posteriormente los de reunificación.

Lastimosamente cuando la república se estabilizaba una catástrofe golpeó a Mompóx, y es que el cambio en el cauce del río cauca hizo que el río Magdalena también modificase su rumbo, haciendo que la mayor parte del afluente se dirigiera por el brazo de la loba, provocando un gran proceso de sedimentación en el brazo de Mompóx, y toda la comunicación que le había permitido ser una gran ciudad comercial, quedaba como un recuerdo de unos años dorados.

Esta desconexión parcial, y la dificultad de comunicación con otras partes del país, llevó a que Mompóx se volcara sobre sí misma, desarrollando los oficios a tal nivel que “valiese la pena” ir hasta allá para adquirirlos, esto se convirtió en una fase de estable crecimiento para la producción de la joyería momposina que duró desde el fin de la guerra de los mil días, hasta inicios de los años 70, donde se desató una crisis de oro.

Pero el río se fue para el otro lado de la Isla, atravesó las cosechas, mojó a los campesinos y se mudó para las Tierras de Loba, conectándose con el Cauca por Magangué y haciéndose esta última ciudad próspera y floreciente. Mompox quedó aislado, con las puertas de sus casas abiertas por si llegaba algún viajero cansado y con los puestos vacíos en el colosal mercado frente al río. Ahí están ahora, con sus trajes envejecidos y sus silencios pesados, momposinos y momposinas ricos y pobres: mirando al río, añorándolo en medio de la bilis negra que flota en el aire, hombres caimanes encallados en riberas secas, enlodados hasta la tristeza, antiguos contrabandistas con las manos llenas de oro, antiguos pescadores de atarrayas siempre tensas, todos mirando el río, hablándole, dándole a él su carácter: río paciente, río que espera, río sabio. Momposinos pacientes, momposinos que esperan, momposinos sabios. (Sánchez Castellanos, 2011)

En el año de 1974 se declaró el inicio de la bonanza marimbera en los departamentos del norte del país, la Guajira, Magdalena y Cesar, pero que había iniciado a mediados de los años 60 con





la llegada de los Cuerpos de Paz a estas zonas del país, esta bonanza logró llegar a Mompóx por medio de la elaboración de collares de esferas de oro encargadas por indígenas wayuu. Estas esferas producto de la técnica de estampado, eran usadas por los wayuu para hacer pagos, regalos, dotes, entre muchas otras actividades.

Cada uno de los collares podía llevar hasta 50 esferas de oro de 18 kilates o 24 kilates, y se convirtieron en uno de los principales productos de la comunidad. En medio de esta bonanza algunos de los artesanos introdujeron una técnica para bajar los costos en la producción, la cabumba. Esta técnica consiste en tomar dos láminas de oro de 18 kilates y poner una tercera en medio de las dos, el veneno, que en principio era oro de 10 kilates, pero que poco a poco fue



pasando a ser plata, cobre o aleaciones. Una vez estaban estas tres láminas, se soldaban por los lados y se procedía a estirar el material. Esta técnica provocaba que la pieza final pesara un poco más, y que al hacer la prueba de kilaje, esta marcara un muy buen kilataje.

La cambumba no se restringió únicamente al estampado de esferas, sino que también pasó a otras formas de estampado y a la filigrana. Tomando bastante popularidad en el municipio, lo que contrajo que a la larga que la reputación de las joyas de Mompóx bajase, debido a que en el momento de fundir las piezas “envenenadas” el kilataje bajaba estrepitosamente.

Por otro lado, a finales de los años 70 entra a la ciudad de Bucaramanga la técnica del troquelado quitando gran parte del mercado al estampado momposino, ya que al ser un proceso industrializado los costos de producción, en contraste con el estampado artesanal, bajaban estrepitosamente, haciendo imposible la competencia directa entre ambas formas de producción de medallas. Quizás por la dificultad de acceso, cuentan algunos artesanos, la técnica del troquelado nunca llegó al municipio, aunque también acá influyó mucho la resistencia que tenían la mayor parte de maestros artesanos al cambio.

Paralelo a estos dos procesos se dio un fuerte incremento en los precios del oro por la entrada en vigencia de algunas regulaciones del banco de la república para la comercialización de este, cortando las rutas comerciales existentes entre los mineros de la ribera del río cauca y los talleres de Mompóx.





Cadena de valor

La joyería en Mompóx es más grande que la filigrana, abarcando distintas técnicas de mayor o menor complejidad, hoy en día en día la filigrana sí encuentra su mayor potencial en producción y en comercialización, haciéndose el centro de la actividad artesanal del municipio.

Materia prima

Durante la época de la colonia, al ser Mompóx una ciudad bodega en donde se refugiaba el comercio antes de salir al puerto de Cartagena, fue un epicentro de comercio de oro. En Mompóx era donde se proveía de las salvaguardias legales para poder sacar el oro del país (cédula real), esta dinámica ayudaba a que en el pueblo se consiguiese el material a bajos costos, principalmente de contrabando. En inicios del siglo XX, cuando ya el brazo de Mompóx había perdido su cauce y navegabilidad, los artesanos continuaban obteniendo el oro de las minas que se ubicaban en la ribera del río cauca, así como de municipios cercanos como la Loba. Cada artesano tenía su proveedor de oro. Es de resaltar que para esta época el uso de la plata era marginal, e inclusive era usual utilizarlo únicamente para las soldaduras.

Paralela a la obtención de oro por medio de minas, el comercio de oro quebrado se encontraba en bonanza. El oro o la plata quebrada se le denomina a aquel material resultante de la fundición de joyas, y tiene como principal característica el alto contenido de impurezas debido a todos los residuos resultantes de las soldaduras de la joya



fundida. Por esta razón era común que el oro y la plata quebrada se mezclasen con materiales provenientes de mina, con lo cual se reducía la cantidad de suciedad en el material.

Para la compra de piezas, el paso fundamental, en el caso del oro, es medir el kilataje. Esto se hace con ayuda de una piedra de toque, sobre la cual se efectúa una raya con la joya, y otra con una kilatera de título reconocido, es decir, con un fragmento de oro que el artesano reconozca su pureza. Sobre las dos líneas se aplica una solución de ácido nítrico y ácido muriático diluido en agua, llamada agua regia. Al contacto con la solución ambas líneas dejadas en la piedra deben desaparecer en el mismo tiempo, en ese caso la joya a comprar es del mismo kilataje de la prueba, es decir 18 kilates. Si la línea de la joya a comprar desaparece primero, quiere decir que el kilataje es menor, y si aparece después, puede ser mayor. Generalmente para hacer la compra de una pieza los artesanos suelen hacer diversas pruebas en distintas partes de la joya, debido a que es común el uso de diversos materiales y calidades en una misma pieza. En otros casos, y dependiendo de la pieza y si existen sospechas, los artesanos suelen limar un trozo de la pieza para verificar si tiene o no veneno

Durante los años 70 y 80 fue muy común la compra de oro quebrado en Mompóx, y hoy en día de nuevo está aumentando la compra, sin embargo muchos artesanos prefieren no acceder a esta por desconfianza de su procedencia y calidad. Con respecto a la plata es mucho más complejo, debido a que en el municipio no existe una forma eficaz de realizar pruebas sobre la Ley del material. Aunque sí suelen reconocer la ley

sólo viendo la pieza, prefieren no realizar muchas compras de joyas.

Hoy en día la principal fuente de abastecimiento de material es la importación, si bien no la realizan directamente, suelen hacer compras a proveedores acreditados de Barranquilla, Cartagena, Medellín y Bogotá que traen la plata de Canadá. Si bien siguen existiendo vínculos comerciales con mineros artesanales de municipios cercanos, no es muy común la obtención del material por este medio.

En el municipio también existen unos pocos intermediarios que venden la plata en distintas leyes, desde 950 a 100. Estos son usados principalmente por los pequeños talleres quienes no alcanzan a trabajar más de 100 gramos al mes.

Proceso productivo

En la producción de la filigrana las diferencias entre el uso de oro y plata son mínimas, ya que en la producción no existen diferencias significativas entre los trabajos con oro y la plata. Técnicamente los materiales se diferencian en que el oro tiene una mayor tempera de fundición y mayor resistencia. Esta diferencia hace que quienes se dedicaban al trabajo del oro, en sus primeros trabajos en plata, fundiesen las piezas o las sobre cocieran, además, que en el trabajo con oro se pueden hacer hilos más delgados por su resistencia.





Una vez obtenida la materia prima, ya sea oro o plata, se procede a la fundición en un recipiente cerámico llamado crisol, aplicando el fuego directo al metal y añadiendo bórax para ayudar en el proceso de fundido. El material líquido se vierte en un molde llamado rielera o lingotera, que

da una forma alargada al material. Posterior se pasa el mismo por agua para enfriar. Se golpea con un martillo para determinar la calidad del fundido, posterior se recuece poniendo el fuego directo sobre él y se martilla más para lograr una barra alargada y delgada.

Con la barra de material lista se procede al laminado. Este paso es diverso dependiendo de la capacidad del taller, ya que las laminadoras





suelen ser herramientas costosas. Generalmente se utiliza el laminador manual, por el cual se va pasando el material sucesivamente hasta alcanzar el número 17 en el calibrador. En la casa del artesano de Mompóx se encuentra un laminador eléctrico, y allí les estiran hilos por módicas sumas, generalmente a este acuden los artesanos de pequeños talleres.

Una vez las láminas están listas, se procede a hacer otro recocido del material, y se lleva al proceso de hilado, en el que se reduce aún más el calibre del material. Para la parte externa de la joya, o armadura, se suele utilizar el calibre 21, para la parte interna, o la filigrana como tal, se usan calibres 32 y 33. Algunos joyeros utilizan distintas leyes de plata dependiendo de la parte de la pieza, reservando para la armadura la ley 925, y para la filigrana playa ley 970, esto debido a que con menor ley, mayor dureza del material.

A los hilos de menor calibre, que serán usados para la armadura de la pieza se les hace escarchado, proceso por el cual se pasan por un

laminador plano en donde se deja una sección rectangular del hilo, por otro lado, a los que serán usados para la filigrana se les hace entorchado, en el que se toman dos hilos de filigrana por un extremo y se entrelazan, este proceso se inicia manualmente y se continúa con la ayuda de dos tablas de madera.

El armado de la pieza se hace tomando fragmentos del hilo escarchado para construir una estructura en la que se dejen libres los espacios para la filigrana, soldándolos entre sí y generando una estructura firme.

Paralelo se preparan los rellenos con filigrana, dando diversas formas y figuras como caracoles, filigrana de patitas, en zigzag, culebrilla, trenza entre otros. De nuevo se procede a la soldadura de la pieza.

Entre estos dos procesos se suele hacer el sentado de las piezas, en la cual se dan ligeros golpes con un martillo para emparejar las uniones. El blanqueado de las piezas se hace sumergiendo la pieza en ácido sulfúrico, clorhídrico o muriático, calentando la solución con la pieza sumergida. Otros artesanos utilizan máquinas de blanqueamiento eléctricas. Antiguamente este proceso se realizaba utilizando jugo de limón con sal, sumergiendo la pieza en la solución y cepillándola varias veces hasta que tomara brillo.

Comercialización

Los canales de comercialización que han tenido los artesanos en la isla han sido diversos, ya que la composición y potenciales de los talleres también es muy diverso. En la primera mitad del siglo XX, la venta de los productos se hacía en el interior de cada una de las casas-talleres, ya que en el municipio no existían vitrinas comerciales o algo similar. Quien llegaba al municipio preguntaba por las joyas y lo dirigían a las casas de los maestros artesanos donde comúnmente sus esposas eran quienes se encargaban de la venta de los productos. En esta época también era común que los maestros artesanos vendieran a intermediarios sus joyas, o que ellos mismos viajaran a ciudades más grandes a comercializar sus productos.

Es a finales de los años ochenta cuando ya había pasado la crisis del oro y la cambumba, que algunos de los maestros artesanos deciden abrir sus vitrinas comerciales, especialmente en la calle del medio y en la Albarrada, que es por donde solían pasar los visitantes al municipio. La entrada en vigencia de las vitrinas comerciales fue lenta, y muchos se resistieron, y aún hoy en día resisten a poner una, y prefieren trabajar con intermediarios o por pedidos. Sin embargo, después de la declaración del municipio como patrimonio de la humanidad, se fortaleció el turismo, brindando mayores oportunidades de comercio en la zona.

Tradicionalmente para Mompóx la época de mayores ventas es la Semana Santa, ya que debido a las fuertes tradiciones que tiene, y a

la sacralidad de sus procesiones atrae un gran número de turistas. En los últimos años, con la entrada en vigencia del Festival de Jazz de Mompóx, se activó el comercio en la segunda mitad del año.

La participación en eventos feriales regionales, nacionales e internacionales ha sido permanente por parte de los artesanos momposinos, algunas veces participando como talleres, organizaciones o asociaciones, pero siempre con presencia en diversos escenarios. La expansión de la joyería momposina en eventos comerciales ha sido tal, que hoy en día ellos mismos han notado las dificultades de hacerse competencia entre todos. La exportación, así como los trabajos en asocio con diseñadores o casas de diseño, no son extrañas para los momposinos, aunque siguen siendo actividades que se reservan aún para los talleres de joyería más grandes. Esto debido a que estos son los que suelen tener la certificación de sello de calidad, y quienes mejor conocen los procesos de comercialización.

Si bien, el mercado de la joyería, en especial de la filigrana, ha alcanzado grandes niveles de desarrollo. Los trabajos al por menor no han dejado de tener presencia, principalmente dentro del municipio, en donde se encuentra vigente una disputa entre los talleres y los pequeños productores, quienes han bajado los costos de la producción de joyas a tal nivel, que los talleres no pueden hacer competencia.

Según lo relatan muchos de los artesanos la cuestión en esta competencia desleal no es la



desinformación sobre los procesos de costeo, sino que, debido a que el oficio ha tomado tal reputación, todos quieren hacerlo, sin pensar en las consecuencias y sólo desean vender productos. Haciendo notar que más allá de la belleza de los productos, el municipio sí tiene unas carencias estructurales en cuestión de cubrimiento a necesidades básicas que llevan a que los mismos artesanos no reconozcan el valor de su trabajo.



Bibliografía

Artes, E. L. (SF). Orfebrería en Mompox. Obtenido de Entre las Artes: http://entrelasartes.org/secciones/familia/mompox_orfebreria_01.htm

Fals Borda, O. (2002). Historia Doble de la Costa, Tomo I: Mompox y Loba. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Banco de la República; el Áncora Editores.

Guzmán, A., Castillo, G., & Valenzuela, A. (2015). Visiones regionales supuestas y propuestas del Ecosistema Cultural para Santa Cruz de Mompox (Bolívar, Colombia). Cuadernos Geográficos, 54(2), 245 - 269.

Mompós, A. d. (Abril de 2017). Alcaldía de Santa Cruz de Mompos. Obtenido de http://www.santacruzdemompos-bolivar.gov.co/mas_info_municipio.shtml

Peñas Galindo, D. (1986). El aprendizaje de la paciencia. Boletín Cultural y bibliográfico 23 (07), 45 - 61.

Viloria de la Hoz, J. (2011). La economía anfibia en la isla de Mompox. Cartagena: Banco de la República

